

# LA ACADEMIA CALASANCIA



FUNDADOR: REDMO. P. EDUAR-  
DO LLANAS. ESCOLAPIO: CON-  
SULTOR DE LA SAGRADA  
CONGREGACIÓN DEL ÍNDICE



## DOS NOVELAS

EL AÑO 2000. — OPTIMISMO, PESIMISMO, O ¿QUÉ?

(Continuación)

**L**UZ, LEY, AMOR, he ahí el hombre, he ahí sus tres principios constitutivos en cuanto tiene alma; luz y ley en su inteligencia, amor en su voluntad, porque la primera afección de la voluntad es el amor, porque del amor se derivan las demás afecciones y operaciones de la voluntad, porque el amor viene a ser como el alma de la voluntad. Téngase esto muy en cuenta, a fin de comprender una verdad fundamentalísima que tiene extraordinaria importancia en la Moral, y aun en las simples esferas del Derecho. Nos referimos a la verdad que se formula del modo siguiente: «un acto humano es tanto más voluntario cuanto es más hijo del amor».

El hombre, en ocasiones, es un ser raro. Por regla general gústale la precisión y exactitud; y el caso es que al propio tiempo que le place esto, y aun lo exige, gústale igualmente lo que podríamos llamar penumbra de ideas, gústale la imprecisión, la vaguedad en los términos, que pueda tomarlos ahora en un sentido, ahora en otro, según los casos. De este modo quédale abierto un ancho campo a las divergencias, a la discusión, a las disputas, a todo lo cual se siente también fuertemente inclinado el hombre, como por una especie de aberración de espíritu, cuyo origen o principio es difícil de explicar.

Decimos esto a propósito de la voluntad y del fenómeno residente en ella, el amor. Pues, ¿no se ha creído durante un largo proceso de los siglos que el amor no era otra cosa que lo que hemos dicho, un acto de la voluntad, y nada más que un acto de la voluntad? ¿Qué era en este caso el corazón, esa facultad que tanto figura en el léxico del lenguaje común? Apenas se sabía qué hacerse de él, y, por con-

secuencia necesaria, nadie le definía. A lo más se le consideraba como el asiento de las pasiones. ¡Las pasiones, que son hechos, fenómenos del alma totalmente diferentes y radicalmente distintos de los sentimientos! Y entablábase una eterna disputa sobre unas y otros, consecuencia lógica y natural dicha disputa, de la confusión que se hacía de entrambos términos. Todavía hoy día, por un lado, se mantiene la antigua confusión, mientras que por otro se les atribuye a los sentimientos una influencia extraordinaria en la vida moral del hombre, y no hay equivocación en esta parte, pues realmente la ejercen; pero, al propio tiempo, concíbese a los sentimientos con anterioridad e independencia de la inteligencia, y en realidad quedan convertidos en hechos superiores a las facultades racionales del alma, de la cual vienen a constituir casi el todo, lo mismo en Religión que en Filosofía y Letras, especialmente en lo que toca a la primera, de la cual son raíz, su único criterio, su substancialidad toda, su corona, su remate. Ni la antigua confusión era aceptable por improcedente, por exclusivista, por incompleta, ni tampoco es aceptable la actual exaltación de los sentimientos, por los peligros que entraña y por su exageración manifiesta. ¿Cómo conciliar extremos tan opuestos? ¿Habría inconveniente en decir que el amor, y con él todas las demás afecciones y sentimientos, toda vez que de él en alguna manera proceden, son originaria y primitivamente actos de la voluntad, pero al propio tiempo actos del corazón, facultad de los sentimientos, no supuesta, según dicen algunos, sino real y efectiva, tan positiva y real como la inteligencia y voluntad mismas? ¡Cuántas disputas y divergencias de este modo se evitarían, acercándose campos que ahora aparecen tan distantes, y, por añadidura, irreconciliables! El *corazón*, hace años que viene definiéndolo el que esto escribe, «facultad de las resonancias sensibles de los actos de la inteligencia y de la voluntad», y a los *sentimientos* «estas mismas resonancias cuando revisten el carácter de permanentes».

Y trazado este preámbulo, cuya oportunidad y trascendencia nadie desconocerá por poco atento que esté a la marcha actual de las ideas, en lo que se refiere a la Religión y Filosofía principalmente, y menos aún desconocerá si junto con el conocimiento de su época y de la historia, gusta de estudiar las interioridades del alma humana, siempre un tanto difíciles de hacerlas llegar a la luz de una clara comprensión; vayamos en derechura a nuestro objeto.

Grande fué el honor que otorgara Dios al hombre al imprimir su imagen en su frente, impresión que se repite en su doble acepción de luz y de ley, cuantas veces viene una criatura humana a este mundo. El hombre, en general, no para mientes, como debiera, en tamaño honor, ni comprende lo que significa este honor ni atiende a las obligaciones que de él se derivan. Los hay que ni aun la más ligera idea abrigan de dicho honor. ¡Llevar la semejanza de Dios! Es ciertamente distinción tan grande, tan excelsa, tan imponderable, que Dios mismo la respeta y es causa de todas sus bondades. «Con gran respeto trata Dios al hombre» se lee en las Sagradas Páginas.

Y a imitación de Dios, el hombre, en atención a su imagen, habría de respetarse a sí mismo, y luego extender este mismo respeto, pero omnímodo y profundo, a sus semejantes, quienesquiera que fuesen, abstracción hecha de todas sus diferencias, incluso las doctrinales, mientras no afectasen a la respetabilidad misma de la humanidad, y aun esto únicamente por ley de la vida. La lástima está en que un don tan precioso como es la imagen de Dios, quede a veces completamente vilipendiada en la práctica, siendo el hombre mismo quien la cubre de oprobio e ignominia. «Cuidad—dice el Señor—que la luz que está en vosotros, no se convierta en tinieblas, porque si la luz que está en vosotros se convierte en tinieblas, cuán densas serán las tinieblas». Es lo que se verifica cuando la inteligencia sirve voluntariamente al error, y en cuanto a la ley que también reside en la inteligencia, se le hace secreta violencia en beneficio de la maldad. Pero ¡oh grandeza incomparable la del hombre! Hay que admirarla a pesar de sus extravíos. Por mucho que yerre y por lamentable que sea su rebajamiento moral, un doble fenómeno importantísimo habrá de verificarse; la inteligencia habrá de concebir bajo una forma u otra de verdad el error que prohija, cuidando muy bien de protegerle con los reflejos de su racionalidad, a semejanza de un padre que acude presuroso a cubrir y tapar los defectos de sus hijos; y en cuanto a la maldad que se maquina y por la cual se determina y resuelve el hombre, aquella ley de su inteligencia, absolutamente inseparable de la luz que en ella reside, por ser de todo punto incorruptible en sus primeros principios, nunca dejará de mantener viva, sin que pueda ahogársela la voz de su protesta contra la maldad misma que se está cometiendo, salvo el único caso en que la conciencia se haya endurecido tanto que haya llegado a perderse del todo el sentido moral, lo que es muy difícil. He ahí el fundamento de la libertad humana aun en el peor caso, el caso de que opte por el pecado; y del ejercicio de esta libertad vamos a hablar dentro de breves instantes. Concluiremos este punto con las palabras de Aristóteles, aunque para nosotros resulten algo profanas, dado el punto de vista en que nos hallamos colocados: «el hombre, disciplinado, es el mejor de los animales; indisciplinado, es el peor de todos ellos».

Grande como es el honor obtenido por la semejanza de Dios en la inteligencia, todavía cábele al hombre otro honor más grande, sólo que éste lo ha de adquirir mediante su propio trabajo, mientras que aquél se le da con independencia de su querer libre. Es el honor de una segunda semejanza con Dios mediante el ejercicio del amor de su voluntad. Admiramos aquí una nueva faz con que se nos presenta el hombre. La inteligencia es superior de suyo a la voluntad, *potior* dice Santo Tomás de Aquino; pero cuando la voluntad, cuando el amor se cifra, se pone en un objeto superior a la inteligencia, entonces amor y voluntad valen más que la inteligencia. «Mejor es el amor de Dios que su conocimiento», viene diciendo la sabiduría cristiana desde los primeros siglos, principio aprendido de aquellas enérgicas palabras del Apóstol San Pablo: «aunque conociera todos los miste-

rios y poseyese toda la fe, si no tuviese amor, nada soy». La sabiduría popular, que no siempre desgraciadamente corre parejas con la sabiduría de la fe, en esta parte concuerda fundamentalmente con ella. Según esta sabiduría popular ¿quién es el que más vale en la línea o serie de los humanos? ¿quién es el más útil, el más apreciable, quién, en definitiva, se lleva el aplauso de los hombres y más a fondo merece su gratitud? ¿Es por ventura el hombre de los grandes inventos, por grandes, por útiles y provechosos que sean a la humanidad? ¿Lo es el que muchas cosas sabe y el que mayor cúmulo de conocimientos ha llegado a atesorar, aunque después los reparta a manos llenas entre sus semejantes? No es este el camino por donde discurren con preferencia las simpatías de la humanidad.

El que rebosante su pecho de buena voluntad, mejor sirve a los intereses de sus semejantes y mayores sacrificios se impone en favor de los mismos, sea en lo grande, sea en lo pequeño, lo que mete ruido en el mundo, lo que se realiza en modestas esferas; el que a despecho de todos los desconocimientos momentáneos y de todas las ingratitudes también momentáneas, se conserva benévolo y a nadie irrita voluntariamente y permanece siempre consagrado al beneficio de sus semejantes y sobre todos derrama sus larguezas en la medida de lo que le es posible; el que, en fin, mayor abundancia de lágrimas enjuga en este valle de miserias, a todos consuela, a todos alienta y anima con la ecuanimidad portentosa de un espíritu; éste, éste es el que al fin y al cabo recibe una consagración solemne, la más apreciable en el concepto de los hombres, más valiosa que todas las riquezas, que todos los honores, que todas las palmas, que todos los aplausos, la consagración de *hombre bueno*.

Y ¿porqué bueno? porque practicó el amor, pero el amor dirigido a cosa más alta que la propia personalidad; amor que por lo mismo que se reduce y se estrecha en lo que se tiene de personal y propio, por lo mismo que se sacrifica y quizás muere, se vislumbra, aunque no siempre se tenga de ello idea clara, ni por parte de los que reciben los beneficios, ni tal vez por parte del mismo que los prodiga, se vislumbra que hay allí una causa generadora muy fuerte, poderosa, nobilísima, la suprema, la más excelsa, esto es, Dios. En cuyo caso, el amor de Dios no será explícito, lo que sería lo mejor, pero será implícito, lo que será bastante para que quede producida la *nueva semejanza de Dios*, de grandísimo mérito delante de Dios y ante la propia conciencia, si el que practica el amor lo hace con voluntad real y positiva de servir a Dios, de imitar a Dios y de cumplir en esta vida la voluntad Santísima de Dios. Entonces se ha realizado en el individuo la más amable de cuantas invitaciones hayan podido oír jamás los hombres en el decurso de los siglos «*sed perfectos como lo es vuestro Padre que está en los Cielos*».

*Luz, ley, amor*: otra vez hemos de hacer mención de estos tres principios, otra vez los hemos de poner a la vista, otra vez hemos de dar ocasión a que el hombre se empape de la existencia y de la substancia de estos principios, verdadero tesoro que el hombre lleva

consigo. De la propia suerte que el hombre es lo que es en virtud de estos tres principios, en virtud de los mismos es un ser libre. Y henos aquí de lleno en el fondo de la cuestión, simplicísima, una vez admitidos, como no pueden menos de admitirse, los tres principios dichos, complicadísima y erizada de dificultades, cualquiera que de ellos se eche en olvido.

¿Qué es ser libre? ¿qué es eso a que los hombres llamamos *libertad*, palabra tan famosa y de la cual tanto y tanto abusa desgraciadamente el hombre? Es la facultad de elegir entre varios medios conducentes a un fin determinado. Cuando el fin es el último, no cae él dentro de la elección; cuando, por el contrario, no se nos ofrece como a último, aunque en realidad lo sea, entra en la categoría de medio, y cabe, por consiguiente, sobre él la elección. Allí donde hay una luz que alumbra, y al propio tiempo una ley que impone dentro de la conciencia, sus exigencias, y además un amor que propulsa y mueve hacia el fin; allí hay libertad y no puede menos de haberla. Concisamente puede expresarse esto con aquella breve cuanto admirable definición que da Santo Tomás de la libertad diciendo «*libertas est facultas rationis et voluntatis*, la libertad es facultad de la razón y voluntad conjuntamente».

Todo el pretendido misterio de la libertad estriba en lo que sigue: se ama o no se ama; si se ama, cómo se ama y qué es lo que se ama, porque evidentemente al tomar el alma una determinación, algo ama, ama aquello por lo cual se determina y se resuelve. ¿Es la causa propulsora el amor que acompaña y caracteriza a la voluntad enajenada, es decir, la voluntad propia que se ha hecho suya la voluntad superior, en la ley y por la ley expresada? Entonces, por lo mismo que el amor es lo que debe ser, por lo mismo que el amor es una armonía y está en la armonía, por lo mismo que hay orden en el amor o el amor está en el orden, como diría San Agustín; existe lo que en lenguaje bíblico se llama libertad de espíritu; la elección de medios se hace facilísima, el ejercicio de la libertad se ha hecho dulce como dulce es el amor que la inspira; y se comprende puede llegarse hasta tal punto en cuanto a esa accesión de voluntad es producida por el amor, apuntando cada vez más alto y llegando, por fin, a una adhesión completa de la voluntad propia, a la voluntad divina, que se tenga realizada en la tierra la más encumbrada santidad de los más subidos santos. «La verdad nos ha hecho libres» y «hemos adquirido la adopción de los hijos perfectos de Dios».

Por el contrario, cuando el amor predominante es el de la voluntad propia, en otros términos más escuetos y aunque más repugnantes, más claros; cuando el amor que mueve al hombre, es el amor de sí mismo, de modo que todo lo reduce a estos estrechos límites, destronado Dios en cierta manera de sus alturas en cuanto le hace servir a El y a sus cosas a la loca satisfacción de sus tontas y necias vanidades; entonces todo son dificultades para el ejercicio de la libertad humana y el hombre es *captivus et liber* a un tiempo, como se lee en *Decreto*; cautivo porque lo es de sí mismo, y libre porque aun en

medio y a pesar de esta deplorable condición, está ejerciendo la elección a cada paso, menos en el caso de que un tropel, un furioso vendabal de pasiones venga a trastornarlo todo. Elige el hombre, pero su elección es singularísima a todo serlo. Apaga la luz de su inteligencia, y ata, *ligat* dice Santo Tomás de Aquino, el juicio de la misma. Mas es el caso que su inteligencia, su razón, la ley que reside en lo alto de su cabeza, protesta con viva voz contra lo mismo que tantas razones, arrancadas a la fuerza, justifican en apariencia. De donde la elección se salva entre lo uno y lo otro, entre la voz de la conciencia, expresión inextinguible del bien marcado por la ley, y el capricho o antojo a que se da preferencia. ¡Misérrimo estado en el cual puede el hombre hundirse más y más cada día, como también de él puede salir con su esfuerzo, y principalmente por la gracia divina. Téngase bien en cuenta, en confirmación de lo dicho, la palabra del Sagrado Evangelio «el que comete pecado, siervo es del pecado».

Séanos lícito concluir el presente artículo con una observación de sumo peso. El hombre, y máxime el cristiano, nunca habría de llamarse autónomo a secas. Lo es indudablemente, pues al cumplir su deber, da cumplimiento a la ley que reside en su inteligencia, mas como dicha ley le viene y le es impuesta desde afuera, resulta que más que autónomo es heterónimo. *Autonomía y heteronomía* son palabras que expresan ideas absolutamente inseparables. En estos tiempos de monstruosa confusión de ideas parécenos de capitalísima importancia lo dicho.

JUAN COLOMER, Sch. P.

## MENÉNDEZ Y PELAYO

### HISTORIADOR DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

Torpe mi pluma, como nunca, no acierta a trazar palabras en el papel para poderlas leer en esta solemnidad \*, y es que, a la angustia del plazo impuesto y al agobio de otras atenciones que sobre mí pesan, se añade en esta ocasión una infantil timidez ante la magnitud de la empresa.

Lo que se permite a un articulista, cuando en el vértigo de la moderna vida literaria, mejor diré periodística, ha de llenar galeradas para decir al público algo que sea de actualidad, y la actualidad mayor es la que da la muerte, pues ella abre con la tierra para el cuerpo, los elogios y ditirambos, tanto más ridículos cuanto más grande es el genio a quien se dedican; lo que se tolera a un panegirista de una celebridad de aldea, no le es lícito al que ha de hablar de esos genios que sólo nacen cuando Dios lo quiere para señalar jalones en la Historia de la Humanidad, y ahí tenéis, señores, explicado el motivo de mi inseguridad y torpeza.

Yo no puedo hablar de Menéndez y Pelayo como un vulgar orador,

\* Sesión celebrada el día 30 de junio de 1912, en el Paraninfo de la Universidad de Barcelona, presidida por las autoridades y organizada por el Centro Monárquico Conservador.

ni como cualquier atrevido estilista. El mayor y más grave inconveniente con que tropiezo para tomar parte en este acto, no estriba en que tengo presente el precepto del predilecto poeta latino de nuestro polígrafo,

*Sumite materiam vestris, qui scribitis, aequam  
viribus et versate diu, quid ferre recusent  
quid valeant humeri,*<sup>1</sup>

sino en ser devoto admirador, fiel discípulo del maestro muerto, estudiante perpetuo de sus obras, y de ahí que me salgan al paso, cual fantasmas que entorpecen mi pluma, preceptos del sabio que exige estudio, precisión y seriedad en toda clase de trabajos. El trazar una biografía «con la extensión y copia de datos que la importancia del personaje requiere y que el gusto moderno, cada vez más exigente y curioso, reclama con razón en las historias de los varones preclaros, si no han de degenerar en insulsos panegíricos»<sup>2</sup>, es cosa que no se atrevió a hacer Menéndez y Pelayo en honor de Milá y Fontanals, y ¿creéis posible pueda hacerla yo del gran santanderino, cuando apenas me resta tiempo para recibir toda la claridad de sus enseñanzas y leer conscientemente todos los escritos que constituyen su portentosa herencia?

Cuanto más grande es el genio más años han de pasar para comprenderlo bien y analizarlo y abarcar toda su labor. Cerca de cuatro lustros hace que lo leo y estudio, y cada año se me figura que lo conozco menos: en trabajos leídos dos y tres veces, al releerlos de nuevo encuentro enseñanzas que no había aprendido, hallo siempre nuevo deleitoso néctar que me convida a no dejar de la mano ni un instante estos libros, los más españoles de nuestros días, los más acabados en su género.

Querer abarcar en su conjunto, en compendiosa síntesis la magna obra de Menéndez y Pelayo, sería empresa parecida a la de aquel loco que para estudiar y ver el sol fijó sus ojos en el astro rey y cegó ante su luz intensa. Mejor conocimiento tiene de la estrella que nos alumbraba el que, ni sabio, ni ignorante, imagina cómo estaba el mundo, sumido en eterna obscuridad, antes de que el Creador tachonara el firmamento de astros luminosos y admira nuestro sol como centro del sistema planetario, de ese armonioso conjunto, perenne himno de obsequio y alabanza al gran Artífice.

Es esta idea que me seduce para hablaros de Menéndez y Pelayo: lo diré en pocas palabras, en las necesarias para que sirvieran de tema a un trabajo concienzudo y que yo no haré más que difumar: significación histórica de Menéndez y Pelayo en la Historia de la

1 Horacio.—*Epistola ad Pisones*, versos 39-40. En la *Biblioteca de autores griegos y latinos*, que editada por la ACADEMIA CALASANCIA dirige, junto conmigo, mi docto compañero el Dr. D. Luis Segalá y Estalella, se ha publicado el texto latino con la traducción literal castellana de D. M. Verdaguier y Callís, catedrático, y las en verso castellano y catalán de D. Juan Gualberto González y de D. Antonio M. Fábregas, escogida la primera de ellas, entre las otras castellanas, por reputarla D. Marcellino Menéndez y Pelayo la mejor de todas. Así nos lo escribió en cariñosa carta.

2 *El doctor D. Manuel Milá y Fontanals*. — *Estudios de crítica literaria*. — Quinta serie. — Madrid, 1908, pág. 9.

Literatura española. Tal es el enunciado ofrecido, en el cual cabe fijar perfectamente la importancia de la labor del maestro, la adecuada aplicación de este dictado, examinando cómo andaba nuestra Historia literaria, la historia de nuestra cultura, antes de aparecer nuestro genio, y cómo la deja ahora al morir, en edad demasiado prematura, que mucho más de lo que hizo, con ser tanto, cabía esperar produjera, si Dios no hubiese dispuesto pasara tan pronto a recibir eterno descanso en el Empíreo, donde entró con los laureles de la inmortalidad alcanzada en vida.

Es el siglo XVIII en la Historia de España un período de negaciones para el pueblo español. No hemos de achacar solamente la marcada decadencia de dicha centuria a la dinastía impuesta en España por Luis XIV de Francia, ni tampoco a la Enciclopedia, ni mucho menos a intolerancias religiosas, que no existieron, de tiempos pasados. Creemos fueron varias las concausas que contribuyeron al aletargamiento de nuestra raza, a la postración de la nación, tanto más postrada cuando más absorbía su savia el Estado centralista, a la usanza francesa, y sin duda que contribuyó también al agotamiento de fuerzas aquella esplendorosa Edad de oro, que abarca dos siglos, caso único en la Historia de los pueblos, con la plétora de vida que animó todas las manifestaciones de la humana actividad: dando aliento a nuestros capitanes, fortaleza a los santos, genio a los artistas, inspiración a los poetas, ciencia a los sabios, de tal suerte, que, escribiendo la Historia de España de aquellas centurias, se escribe la del Mundo.

Lo cierto es que, por un lado este desfallecimiento de la vida nacional, que pedía descanso, y por otro la Corte de Luis XIV, que ataviada en parte con los despojos de España, con las migajas de nuestro ingenio, deslumbraba e imponía sus leyes, no hubo en la Península ibérica labor netamente nacional, genuinamente española, y en las contiendas entre afrancesados y tradicionalistas, hay que sonrojarse al ver como algunos de éstos resultaban más influidos de las corrientes pirenaicas que los mismos a quienes combatían.

¿Qué resta a las letras españolas de la décima octava centuria? ¿Qué nos legaron aquellos tiempos que el genio epigramático de D. Juan de Iriarte resume en el famoso dístico:

*Gallicus Hispanis habitus, saltatio, vestis,  
Lingua, cibus, morbus. Gallicus ipse placet*<sup>1</sup>

y en los que la musa festiva de Jorge Pitillas empuña el látigo contra los malos escritores y el P. Feijoo ha de romper lanzas en favor de la primacía del castellano sobre el francés? ¿Qué frutos podían dar aquellas gentes vergonzantes que ante los halagos de los fuertes y las pingües rentas de los potentados, ayudaban, toleraban y aplaudían a un Conde de Aranda, supremo dictador en el orden literario,

<sup>1</sup> Menéndez y Pelayo — *Historia de las ideas estéticas en España*. — Segunda edición. — Tomo V, (Siglo XVIII). — Madrid, 1903, pág. 193, nota.

como en todas las manifestaciones de la vida nacional, que si colmaba de distinciones a los reformadores y los protegía descaradamente, perseguía a la vez, a escritores como Huerta, confinado al Africa<sup>1</sup>, o condenaba a Idiáquez por haber llamado fatuo a Su Excelencia?<sup>2</sup>

COSME PARPAL Y MARQUÉS

Presidente de la Academia

## JUGO GÁSTRICO. — SU OBTENCIÓN. — ÁCIDOS

### RECONOCIMIENTO Y DOSIFICACIÓN

El jugo gástrico, producto de la función secretoria de las glándulas que entran en la formación de las paredes del estómago, es un líquido claro, viscoso, ácido (mucho más en el perro que en el hombre) que se enturbia ligeramente a la llama, dejando un residuo sólido casi de un 2 por 100, y cuyo peso específico es de 1'0022 a 1'0024. Este es el jugo gástrico obtenido por C. Schmidt de una mujer sana con fístula gástrica, después de la ingestión de guisantes y de un poco de agua.

Sin duda alguna es más genuino el jugo gástrico obtenido por cualquiera de los métodos de Pawlow; uno de los dos a que me refiero consiste en la *alimentación ficticia*, mediante fístulas esofágica y gástrica, y es indudable que el jugo gástrico que se obtenga sea más puro y característico, pues de esta suerte el estómago ejerce su acción secretora, dando su secreción limpia, y en ella podremos observar, con mayor probabilidad de exactitud perfecta, reacciones y propiedades que si la estudiáramos después de una obtención indirecta, cual la de Schmidt, mediante la cual podrían, aunque fueran ligerísimas, hallarse algunas modificaciones (pérdida de acidez en su reacción, etc.)

Réamur y Spallanzani se servían, para recoger el jugo gástrico natural, de esponjas, que hacían tragar a los animales y que retiraban al cabo de un rato.

Un médico escocés, Stevens, hizo en el hombre experimentos semejantes a los realizados por Réamur y Spallanzani en los animales.

Habiendo encontrado un titiritero que tenía la costumbre de tragar piedras, para después volverlas a arrojar por la boca, aprovechó esta ocasión para someter a la acción del estómago de este hombre, substancias alimenticias encerradas en estuches metálicos agujereados. Por el mismo procedimiento recogió jugo gástrico.

<sup>1</sup> Iriarte y su época, por D. Emilio Cotarelo y Mori.—Madrid, 1937, pág. 72 y siguientes y Apéndice.

<sup>2</sup> P. Luís Coloma, S. J.—Retratos de antaño, pág. 272.

En 1875, Klemenciewicz, tuvo la idea de aislar la porción pilórica del estómago; sirviéndose del método Thiry. Los animales operados de este modo no vivían más que 72 horas, durante cuyo tiempo recogía Klemenciewicz jugo gástrico puro. Heindenhain reprodujo más tarde este procedimiento y debido a los cuidados antisépticos, los animales sobrevivían mucho más tiempo.

Pawlow y Chigini demostraron que el procedimiento empleado por Heindenhain era muy imperfecto, pues arrastraba o seccionaba algunos ramilletes del pneumoástrico, nervio que juega un papel considerable en la secreción de las glándulas gástricas.

En estas condiciones, el colgajo del estómago reseca por Heindenhain no podía ser considerado como poseedor de una función normal. Pawlow y Chigini, teniendo en cuenta estas consideraciones, propusieron un procedimiento que permite aislar una parte del estómago dejando intacta su inervación.

*Ácidos: reconocimiento y dosificación.* — La actividad digestiva del estómago depende del ácido clorhídrico que contiene. Prout fué el primero, en 1824, en demostrar que el ácido libre, admitido ya en el jugo gástrico de todos los vertebrados, era el ácido clorhídrico; sin embargo, no se le hizo caso hasta que más tarde Schmidt probó que en el jugo gástrico del perro y de la oveja existe más cantidad de cloro que la necesaria para combinar todas las bases inorgánicas obtenidas por calcinación de los residuos sólidos del jugo gástrico. Esto demuestra que gran parte del cloro había de estar combinado con el hidrógeno, formando el ácido.

En el jugo gástrico también se encuentran otros ácidos además del clorhídrico, como son el *láctico*, producto de la fermentación de los hidratos de carbono, y a falta de ellos por la misma fermentación del moco del estómago. El *butírico*, que en muchas ocasiones se le ha encontrado en el jugo gástrico, si bien hay quien lo niega.

Los ácidos orgánicos no se encuentran en el jugo gástrico fresco y pupo, e indudablemente, si éstos no existen en el gástrico, que tiene estas condiciones, y se producen en la digestión de los alimentos, a éstos hemos de atribuir su formación. Se sabe hoy que los ácidos orgánicos se originan en la cavidad gástrica a la ingestión de los alimentos, especialmente de los hidratos de carbono. Los trabajos de Ewald y Boas nos han demostrado que en los líquidos extraídos del estómago de los individuos en perfecto estado de salud, se encuentra el ácido láctico de los 10 a los 30 minutos después de la ingestión de hidratos carbono. Curioso es observar el que esta cantidad disminuye y aun se hace nula a medida que aumenta la del ácido clorhídrico en el estómago.

Para afirmar estas suposiciones, que hacen radicar la formación de los ácidos orgánicos en las fermentaciones de los alimentos, haremos notar que se ha observado en las substancias alimenticias que se han extraído del estómago, la existencia de bacterias capaces de producir la fermentación láctea.

Además del ácido láctico, que indudablemente es el más impor-

tante, se encuentran otros ácidos orgánicos en el jugo gástrico, como el sarco-láctico, el acético, el fórmico, etc.

Respecto al ácido clorhídrico, único producido por las glándulas de las paredes del estómago, diremos que se han hecho muchas observaciones encaminadas a determinar cuál sea el sitio donde radica su formación, y parece ser, que dada la reacción que en tal sentido presentan en animales ayunos, sean las glándulas de la mucosa del fondo las encargadas de esta secreción ácida, pues es alcalina la reacción de la mucosa de la región pilórica. Quita valor a esta afirmación — dice Luciani — el que existe siempre en la porción pilórica una capa muy densa de moco alcalino, que neutralizaría la acidez de la secreción. Este debatido problema parece llevar un franco camino de solución, gracias al método de Mr. Greenwood; este ilustre investigador ha observado que tratando la mucosa gástrica con el nitrato de plata, únicamente se tiñen de negro las células de revestimiento, o sea, las que segregan ácido, quedando incoloras las demás; las glándulas pilóricas no poseen dichas células de revestimiento.

El reconocimiento y dosificación de los ácidos del jugo gástrico es operación sencilla y que no exige costosos reactivos.

Para el reconocimiento del ácido clorhídrico se emplean muy comúnmente los reactivos de Boas y Günzburg: se mezclan unas gotas de cualquiera de estos reactivos con otras tantas de jugo gástrico y se evaporan en una cápsula de porcelana; si el jugo contiene clorhídrico libre, el residuo de la evaporación será de color rojo. El reactivo de Boas se prepara disolviendo en 100 cc. de alcohol diluído, 5 gramos de resorcina y 3 gramos de azúcar de caña, y la reacción roja se debe a la acción sobre esta última substancia del *furforol*, que se forma por la del ácido sobre el azúcar.

El reactivo de Günzburg se compone de 2 gramos de floroglucina y 1 gramo de vanillina disueltos en 100 cc. de alcohol: la reacción coloreada depende de la condensación de aquellos cuerpos bajo la acción del ácido.

Fleig propone reacciones aún más sencillas, entre ellas la del azúcar solo. Basta la evaporación de unas gotas de solución azucarada, con un volumen igual de Cl H al 1'5 por 100 y aún más diluído, para observar un residuo verde-oscuro característico.

El reactivo del ácido láctico más empleado por su sencillez es el de Uffelmann y que formula de la siguiente manera:

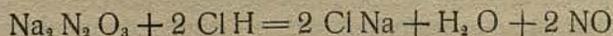
|   |                    |
|---|--------------------|
| De agua destilada. . . . .  | 20 cm <sup>3</sup> |
| — solución de ácido fénico al 10 %.                                 | 3 —                |
| — solución normal de percloruro de hierro de densidad 1,28. . . . . | 3 —                |

En cuanto cae el percloruro de hierro toma la mezcla un bello color amatista, que pasa al de amarillo-aceite si se añade ácido láctico, y amarillo-grisáceo si se pone ácido butírico en vez de láctico.

Muchos otros procedimientos se podrían citar para el reconocimiento de los ácidos del jugo gástrico, tantos que hoy en día con ellos se podría hacer, no un pequeño trabajo, sino un verdadero libro, yo me limito a enumerar aquí los que creo más sencillos, menos costosos y más prácticos.

Para la dosificación de estos ácidos se han propuesto numerosos reactivos y procedimientos, pero el más práctico y de más resultados, según Luciani, es el de Sirinas, de Palermo.

Este fisiólogo utiliza la propiedad de la nitro-hidroxilamina de descomponerse por los ácidos enérgicos, incluso en soluciones muy diluídas, desarrollando una cantidad casi teórica de bióxido de nitrógeno, mientras que sobre los ácidos orgánicos y los fosfatos no tiene ninguna acción. La reacción se verifica según la ecuación siguiente:



El procedimiento es el siguiente: En una campana graduada que termina en forma de cono se vierten 5 cm<sup>3</sup> del contenido gástrico filtrado; luego se llena de mercurio y se invierte sobre la cuba de mercurio. Después se introduce a través de este metal un poco de sal sódica de nitro-hidroxilamina (reducida a pastillas para mayor comodidad), que en contacto del ácido clorhídrico del contenido gástrico, desprende el bióxido de nitrógeno que hace descender la columna líquida de la campana. No hay más que leer en la escala graduada el nivel del líquido que expresa una cifra que representa el tanto por mil de ácido clorhídrico, *fisiológicamente activo*, contenido en el líquido que se examina, es decir, no sólo el ácido clorhídrico libre, sino también el combinado débilmente (con la pepsina y con otros compuestos que se conducen como bases débiles).

La bondad de este procedimiento es indiscutible, a mi juicio, ya que su mecanismo indicador no depende, así en lo cuantitativo como en lo cualitativo, de una apreciación de color que puede variar con la idiosincrasia del individuo experimentado, como ocurre en la mayoría de los procedimientos que conozco y de que hago mención.

También para dosificar los ácidos clorhídrico y láctico se emplea un sencillo procedimiento, fundado en la distinta solubilidad de estos dos ácidos en el agua y en el éter, puesto que éste disuelve bien el láctico y apenas el clorhídrico. Para que el Cl H se reparta igualmente entre el éter y el agua, se necesitan 500 volúmenes de ésta por 10 de aquél. Para el láctico bastan 10 de agua por 1 de éter. Este procedimiento de partición o distribución se debe a Berthelot y Jungfleis.

El papel del ácido clorhídrico en el fenómeno de la digestión puede sacarse, en consecuencia, del siguiente experimento: Si colocamos en la estufa y a la temperatura de 40° durante varias horas, dos tubos de ensayo conteniendo dos cubos de albúmina, en contacto el primero con una porción de jugo gástrico puro, y el segundo con

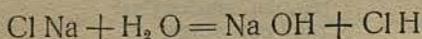
una porción de jugo gástrico neutralizado, observaremos al cabo de cierto tiempo, que mientras el jugo perfecto disuelve completamente la albúmina, el jugo neutralizado se muestra totalmente inactivo y comienzan a desarrollarse fenómenos fermentativos muy acentuados que acaban con la putrefacción del líquido. De lo expuesto dedúcese claramente que el papel del ácido clorhídrico en la digestión es, desde luego, un papel digestivo propiamente dicho; después un papel antiséptico o antifermentativo.

Mucho más podría extender este trabajo sintético acerca del ácido clorhídrico de la digestión estomacal; los autores, correspondiendo a la importancia que tiene en la digestión, dedican a él sendos capítulos; pero en mi ánimo no puede estar más que dar una ligera idea de mis escasos conocimientos.

Para terminar, diré cuatro palabras acerca de las hipótesis indicadas por los fisiólogos para explicar la manera cómo las glándulas estomacales llegan a formar el ácido clorhídrico.

Realmente, cómo las glándulas del estómago, a expensas de los cloruros de la sangre, forman el ácido clorhídrico, nos es aún desconocido.

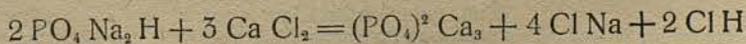
Blondlot suponía que el cloruro de sodio se desdoblaba en las paredes del estómago mediante una acción electrolítica, dando el hidrato de sodio y el ácido clorhídrico libre a tenor de la siguiente reacción:



La mayor parte del ácido actúa sobre el fosfato de calcio de la sangre, dando fosfato ácido y poniendo en libertad un poco de ácido fosfórico. Se puede —dice Blondlot— obtener la misma reacción, *in vitro*, haciendo pasar una corriente eléctrica por una solución que contenga estos cuerpos.

Estas antiguas hipótesis han sido substituídas por los trabajos notables de Thomsen y Maly, gracias a los cuales podemos comprender hoy mejor el mecanismo de estos fenómenos. He aquí, según Maly, la teoría puramente física de ellos.

En primer lugar, la alcalinidad del plasma sanguíneo es debida a dos sales que son teóricamente ácidas; el fosfato bi-sódico y el bicarbonato de sodio. Además de estas dos sales ácidas la sangre contiene un exceso de ácido carbónico. De otra parte, si se mezcla en un dializador una disolución de fosfato bi-sódico neutro, con cloruro de calcio, se produce la doble descomposición que indica la fórmula:



Maly supone que el ácido clorhídrico así formado se difundiría con gran rapidez a través de las células de las glándulas gástricas, que harían el papel de un dializador perfecto.

Gamgée admite el fondo de la teoría de Maly, pero recaba para la mucosa gástrica el poder especial de absorber los fosfatos y cloruros, suponiendo que la doble descomposición de éstos se produciría en el cuerpo celular.

Los excitantes diversos pueden influir e influyen en la secreción clorhídrica, aun cuando la de alguna de éstos sea negada y muy discutida la de otros.

Los excitantes mecánicos parece ser que no ejercen efecto alguno en la secreción clorhídrica, la modifican los térmicos y es varia la de los principios orgánicos, como son los medicamentos; se niega el papel excitante a la saliva. La electrización del estómago aumenta al parecer la acidez del jugo gástrico.

También indican los autores variaciones en la secreción clorhídrica, dependientes de la edad, sexo y demás condiciones fisiológicas; pero todavía no tienen una exacta confirmación.

JOSÉ M.<sup>a</sup> AUGÉ SALVAT  
Académico Supernumerario

## RITMOS INFANTILES

### VICTORIA COMPLETA

¡Arriba, muchachos!  
¡Traed escopetas,  
sables, bayonetas,  
sillas de montar!  
¡Fuego al enemigo  
que éste es el gran día!  
En mi compañía  
¿quién quiere formar?

Julián, tú el primero,  
que eres el más ducho;  
este cucurucho  
servirá de ros.

¡A la voz de mando  
todo el mundo alerta!  
¡Abraza la puerta!  
¡Marchen! Uno.... dos...

Al patio volando  
y atacar de frente.  
¡Animo, valiente!  
¡Redobla, tambor!  
Como lluvia espesa  
cae la metralla.  
¡Pim, pam! La batalla  
crece que da horror.

Un muerto. ¿Qué importa?  
Cruza la trinchera,  
saltad la barrera...  
¡otro herido más!

¡Nadie retroceda!  
 Cuando algo os espante,  
 pasad adelante  
 que yo iré detrás.

Se acabó la lucha.  
 Descansad conmigo;  
 mas... ¿al enemigo  
 quién lo vió atacar?  
 Nadie. De las frentes  
 el sudor secaos.  
 Muertos ¡levantaos!  
 Ahora... ¡a merendar!

ALFREDO ELÍAS  
 Académico Honorario

## BIBLIOGRAFÍA

LLAMA QUE PRENDE (*Le blé qui lève*). — Novela social de René Bazin, de la Academia Francesa. Versión española de Enrique Ruiz y S. de Tejada. — Casa editorial Calleja. Calle de Valencia, 28. — Madrid.

Este no es un libro abarrotado de cifras o abrumado de teorías abstrusas; no necesita estómagos fuertes, es decir, cerebros resistentes y preparados para las altas especulaciones o para los análisis áridos de los especialistas.

Es una novela primorosa que puede servir de descanso después de las horas largas de trabajo, que puede servir de solaz hasta al menos predispuesto a las preocupaciones sociales.

Es difícil leer muchas de sus escenas sin llanto en los ojos. Siendo un primor de estilo y de fuerza descriptiva, impresiona aún más por su delicadeza emotiva, tan accesible a todos, por la viveza con que presenta la lucha de clases en pedazos de vida observada y reflejada, por la magia con que sabe despertar en el alma del lector las fibras de su generosidad, el deseo vehemente de interesarse por los demás interponiéndose entre las clases combatientes.

En la acción novelesca hay sindicatos obreros que se organizan, *boycottages* con que se persigue al «compañero traidor», la horrible «caza a la zorra» de que el esquirol tiene recuerdos tan dolorosos, la preparación de una huelga, la violencia de lenguaje de los agitadores, la impetuosidad con que todo eso crece en un medio de indiferencia religiosa. Hay también el estudio psicológico de un obrero, como hay muchos, católico en su infancia, indiferente luego, preocupado más tarde por la difícil e imperiosa necesidad de vivir, tentado por la generosidad que palpita en la empresa de rehabilitar al trabajador, solo, desesperado con la ingratitud, con la desgracia y sin su fe.

La transformación de ese obrero es penosa, no lenta, porque su alma anda a saltos; pero sí con dolorosas violencias y por motivos muy justificados y muy impresionantes.

La semilla espiritual que ha prendido en la teoría removida de su alma, siémbrale él entre sus compañeros. Cuando los exaltados por el odio quieren sofocarla, se ve que ha germinado ya; es *Le blé qui lève*, el trigo que rompe la tierra y va hacia la luz, la llama que prende.

Esta es la figura principal reciamente trazada, hecha de luz y de sombras, de muchas sombras, como las de la realidad; pero hay, además, otras figuras magistrales, cada una de las cuales puede ser un tipo representativo de una clase social, sin dejar de ser hombre o mujer de carne y hueso como los que vemos en los campos.

De todas ellas, quizá ninguna interese tanto como la del cura rural y la del ardoroso jesuita. ¡Qué bien sienten su responsabilidad, el sacrificio que significa su profesión, los resortes poderosos que en ese sacrificio tienen para intervenir con éxito!...

La novela es una obra de artista; su autor es uno de los más renombrados novelistas de Europa; es un regalo intelectual. Pero vale más para el lector que, leyéndola, se enamore del bien, se sienta más generoso, más bueno.

LLAMA QUE PRENDE pertenece a la primera serie de la biblioteca *Ciencia y Acción* (Estudios sociales). Un tomo de 344 páginas esmeradamente impreso y encuadernado en rústica, 3,50 pesetas. Lujosamente encuadernado en tela, 4,50 pesetas.

ROSARIO PERPETUO. GUARDIA DE HONOR DE MARÍA, por el P. L. Fr. Juan Casas, O. P. — Tercera edición. — Tirada de 50,000 ejemplares.

Por tercera vez ha sido necesario reimprimir este hermosísimo librito, que tan favorable acogida le vienen dispensando los Centros del Rosario Perpetuo, tanto de España como de América, debido no sólo a ser el único escrito en España, sino, sobre todo, a contener el *modo de hacer la Hora* en forma de muy devotas oraciones, tan bien acomodadas a los fines de esta mariana y universalísima Asociación del Rosario Perpetuo, que supera en mucho a todos los manuales que con el mismo objeto se han traducido del francés. La nueva edición no es *corregida y aumentada* porque nada había que corregir ni que añadir; más bien se ha suprimido y reducido algo para que no traspasase en nada los límites de su objeto sin dejar de llenar la Hora.

*Presentación material.* — Las condiciones editoriales de esta tercera edición son muy superiores a las anteriores, pues aparece impresa con tipos clarísimos y nuevos. Varios miles de ejemplares han sido impresos en papel satinado superior, que sólo se venderán encuadernados en tela inglesa.

Además, va enriquecida con fotograbados hechos expresamente para esta edición, que reproducen los Misterios del Rosario.

Precios: Un folleto de 8 1/2 x 14 cm., de 96 páginas: En rústica, 1 ejemplar, Ptas. 0'15 (por correo, certificado, Ptas. 0'45). 100 ejemplares, Ptas. 12 (por correo, certificado, Ptas. 13'25). En tela inglesa, linda encuadernación, 1 ejemplar, Ptas. 0'50 (por correo, certificado, Ptas. 0'80). 100 ejemplares, pesetas 40 (por correo, certificado, Ptas. 42).

En venta en la Administración del *Boletín del Rosario Perpetuo*, PP. Dominicos de Almagro (Ciudad Real) y en casa del editor, Luis Gili, Clarís, 82, Barcelona.

\* \* \*

Hemos recibido los cuadernos 51 y 52 del *Atlas Pedagógico de España*, obra de grande utilidad para el estudio práctico y completo de nuestro suelo, publicada por la casa editorial de Alberto Martín, de Barcelona. Cada cuaderno se compone de un mapa de la provincia, tirado a nueve colores, para que se distingan a simple vista las divisiones judiciales, y de cuatro hojas numeradas; corresponde a los partidos judiciales y ayuntamientos, estando los nombres de éstos únicamente marcados con la inicial, los tres mapas restantes son completamente mudos, el segundo es igual al primero; pero en él se han suprimido las iniciales; el tercero corresponde a las vías de comunicación (ferrocarriles y carreteras) y el cuarto a los sistemas orográficos e hidrográficos y está impreso a dos tintas.

El cuaderno 51 corresponde a la provincia de Zamora y el 52 a *Posesiones de Africa*; este cuaderno, lo mismo que los sucesivos, llevan una hoja más con la descripción de la provincia, habiéndose suprimido ésta del dorso de cada mapa.

El precio de cada cuaderno es de cincuenta céntimos de peseta.

Los pedidos de dicha obra pueden hacerse en las librerías, centros de suscripciones o al editor Alberto Martín, Consejo de Ciento, 140. — Barcelona.

BIBLIÓFILO